

El Carnaval meditado

¡Qué tristes me parecen los días de Carnaval!

En un momento dado, la variedad pintoresca de los trajes, el bullicio de las máscaras, la algazara de la juventud bulliciosa y el movimiento de la multitud distraen mi atención y me empujan a mezclarme contra mi voluntad entre los frívolos y licenciosos; mas, al volver sobre mí, la tristeza pesa sobre mi alma y hasta me aplasta con hondos pesadumbres.

¿Quién no se entristece al ver la barbarie vestida de civilización?

El hombre oso, el hombre muñeco, el hombre polichinela, el hombre hecho un loco y el hazme reír de las gentes; y sin embargo, la sociedad se recrea en contemplar a ese hombre y cifra en ello su gran contento.

¿Qué degradación la nuestra!

¿No caben por ventura la expansión y la alegría dentro de los límites del natural humorismo, sin degradarlas al más soez y sarcástico disfraz?

Y al reclamar las diversiones, los ágapes y el derroche del escatimado caudal de las gentes, no vacilan éstas en acudir presurosas con el fruto de sus sudores sometiéndose voluntariamente a privaciones costosas, sacrificios heroicos, y hasta romper con ofrendas sagradas que al Dios del cielo tal vez en agradecimiento de algún favor generosamente le hicieron.

¿De todo se acuerda el hombre en tales días menos del Dios de las misericordias!

Se gasta el dinero en asaltos... honestos y de buen tono; se estimulan todas las concupiscencias de la carne; se gozan y rien las gracias... carnalescas y nos jactamos de sesudos y conscientes! ¡Y hasta pregonamos la caridad social y blasfamos de cristianos!

Y si de la calle nos trasladamos al salón de baile ¿qué contemplan allí nuestros ojos, iluminados por las llamas de las pasiones y los torrentes de luz que irradian tantos focos, lámparas y mecheros?

Vese allí a la infeliz juventud esclava de sus más torpes vicios; la roja luz de la fiebre sensual reverbera en sus ojos, la sangre circula en sus venas más de prisa como si llegara su tiempo; su fantasía esparcida por doquiera recoge sus rayos para concentrarlos en un punto y actuar allí toda la actividad y fuego de que es halla entonces animada.

No se le da cuenta de la inocente ruborización de la máscara, ni metiéndose su rostro entre las miradas de la muchedumbre, antes si la liviandad campea en ella con descaro, encendido está su rostro, ofuscada su mente, desvanecido el común sentido,

y así pone una careta ante sus ojos para que, perdido el camino y abandonado el timón, la borrasca juegue con la nave a su placer.

El ardor de la lujuria, los incentivos de la música y del baile y aun la misma iluminación profusa, todo contribuye a dar calor a la masa ciega y calenturienta.

G. M.

MOMO

Ya se acercan, lectores, los Carnavales, la sátira y grotesca de los mortales que en esos días padecen amarguras más que alegrías.

Ya se acerca el reinado de los disfraces, de las caras cubiertas con antifaces, aunque yo creo que tan sólo se oculta lo que es muy feo.

No es ridículo y necio ir dando voces diciendo a todo el mundo «No me conoces» con la grotesca, chillona indumentaria carnavalesca?

Los sujetos que siempre viven al día ocultos bajo un manto de hipocresía, de natural que adoren las escenas de Carnaval.

Por eso los ministros, más contumaces, abusan todo el año de los disfraces que no es completa la cara de un ministro... sin su careta.

Yo conozco, lectores, a tres muchachos que siempre se disfrazan de «mamarrachos». Lo extraordinario es que van... como suelen ir a diario.

Resumen: hoy en día los Carnavales divierten a los crios y a los formales. ¿Quién hace caso de haber sido en su vida clown o payaso?

Vocal.

Información gráfica... y embustera

Y pensar que para mucha gente ciertos periódicos son el Evangelio! Así sale ello, con las predicaciones de este Evangelio al revés!

Influyen tales periódicos en el público para que éste sea estúpido, o el público influye en tales periódicos para que éstos sean embusteros?

La Prensa... la gran palanca... la voz del progreso y la civilización... ¡Cuántos apóstoles y encomiásticos no se han aplicado a la prensa! Y todos los que se le aplican, y aun mucho más, se le pudieran aplicar con justicia, si algunos de los que manejan esa palanca no la convirtiesen en palanqueta para forzar las puertas de los hogares honrados o en garrote para no dejar huero sano a la Verdad y a la Justicia.

Cuando empezaron los periódicos ilustrados con fotografías, parecía que podría atajarse la conjura de cierta Prensa contra la verdad. Ahora sí que no podrá negarse la autenticidad de los hechos, dijeron muchos. ¡Como que las fotografías son la expresión fiel de la realidad!

¡Sí, sí, dente ustedes expresiones a esa expresión! Nos hemos quedado como antes, y, si cabe, peor.

Todo depende del punto de vista. En una gran plaza se celebra una reunión. La plaza está casi vacía, pero allí en un rincón hay un grupo de un centenar de personas. Pues hacia aquel rincón dirige el objetivo el *reporter fotográfico*... y sale una tremenda muchedumbre aplaudiendo a un orador que dice cuatro vaciedades subido en una tarima. (Esas vaciedades no salen en la fotografía como tampoco ha salido la vaciedad de la plaza).

Todavía poderíamos criticar tales fotografías como hechas de buena fe. Las más notables son las trucadas, las hechas con trampa en las que se representan escenas que nunca han existido, y son las mentiras más grandes que pueda crear la más embustera imaginación.

Y el público, o a lo menos cierta parte de él, se deja seducir sin pestañear. Claro! Como aquello es de fotografía! Y adelante con los faroles... y las cámaras fotográficas, y con la veracidad y la honradez de la Prensa.

Un caso reciente de esta verídica información de algunos periódicos ilustrados con fotografías, tomadas del natural, es el que nos ofrecen varias revistas extranjeras que publican la noticia de la aflicción que sufre el Papa, nada menos que al Papa, que contra el aplauso de la prensa del Vaticano el ensayo de cierta danza, la *furiana*, la cual está destinada a desterrar el pesaminoso tango.

Y se será extraño que cualquier día reproduzcan el grabado *El Moisés de la Nueva España*, diciendo a sus lectores: «Mirad en qué se entretiene el Papa en el Vaticano. Y no nos digan ahora los que nos contaban mentiras: esto es la verdad de una fotografía».

¡Fotografía tiene nombre de mujer! podría decir yo ahora parodiando a Shakespeare. Pero no quiero inferir ningún agravio a las mujeres.

El único comentario que se me ocurre es que quisiera ver una fotografía representando una cárcel en la que se hubiese metido a ciertos periodistas *malhadamente embusteros*.

Y que la fotografía no fuese hecha con trampa.

CONSTANTE.

Estudios Sociales

LOS BAILES DE MÁSCARAS

Ya sé que no ha de faltar quien pague con una sonrisa desdenosa los buenos deseos que me veirán pluma; en estos momentos. Haber una crítica severa, pero justa, de los bailes de máscaras en esta época de la siodipais, de las tinieblas más obscenas del más procaz desenfado, es que la honestidad es motejada de cursi, mientras a nadie parece que escandaliza la apología de la prostitución, es empresa cuasiteroica. Alguien ha de pensar que es cosa muy atrevida, propia de ilustres beatos, de piadosos de cultos doblado, hacer que llegue a los honrados hogares la voz del pudor que se ahoga en el medio ambiente de corrupción en que vive la sociedad moderna. No soy ¡vive Dios! dado a gajomerías de pedoso gusto aún entre personas de sólida piedad. Me gusta llamar a las cosas por su nombre y no he de excusar con todas las veras de mi alma, esa contrabando de piedad que llamamos hipocresía que, muchas veces obligo adoptar actitudes de indignada severidad al Divino Maestro, no obstante ser modelo de dulzura y de mansedumbre. Y porque soy así, digo que los bailes de máscaras son una verdadera *adunada del infierno*.

Sidi Brissa, aquel Embajador de Marruecos de infanta mambria y cuyo viaje nos recuerda la inmensa catástrofe del «Reina Regente» preguntado sobre las impresiones que llevaba de la sociedad española, le respondió entre otras cosas: «Allí la mujer tiene el poder en las manos, porque las lleva cubiertas y en cambio presenta desnudas sus piernas». En efecto, tan sólo en un momento de su presencia, en el momento en que se despoja de las máscaras, hallaremos muchas manos enguantadas y muchos ojos y narices con antifaz, pero lo demás nos hará recordar la frase del Embajador de Marruecos.

Mucha música de aires voluptuosos, es decir, el arte divino puesto el servicio de la lujuria; un derroche de perfumería que hace irrespirable el ambiente; y una conducta tan licenciosa y tan procaz que no toleraría en su casa ninguno de los honrados padres de familia que allí se permiten aplaudirlas; bromitas muy chispeantes, que a las veces, acaban por